

Ana Castaño y Fabio Morábito

## Presentación

Este número de *Acta Poetica* aborda, en su parte central, el problema de la traducción. Hay que decir, antes que nada, que quienes nos hemos hecho cargo de reunir estos textos estamos gratamente sorprendidos ante la cantidad y variedad de respuestas que nuestra modesta convocatoria ha suscitado entre amigos y colegas. Por lo visto, son pocos aquellos que, dedicados a alguna de las disciplinas que se derivan de la literatura (filólogos, críticos, historiadores y docentes, sin olvidar a los mismos escritores y poetas), no tienen algo que decir sobre la traducción. De manera lateral o directa, con emoción o con fastidio, saliendo airoso o maltrecho, todos parecen haberse enfrentado, en algún momento, al fantasma de la traducción. Por cierto, la palabra fantasma, aquí, es particularmente apropiada, siendo el traductor, al fin y al cabo, una especie de espectro, un acompañante invisible, entre cuyos logros está el de mantenerse lo más posible en dicha condición, pues cuando emerge de la sombra donde estaba discretamente relegado, casi siempre lo hace debido a un craso disparate. ¿O han visto alguna vez a alguien que, sentado en el metro con un libro de Thomas Mann en las manos, dando claras muestras de embeleso ante la prosa del gran maestro, se haya incorporado de

golpe para espetar, presa del más genuino entusiasmo: “¡Qué párrafo, señor Filomeno Martínez, qué maravilla de transposición y qué traslado formidable!”? Nosotros jamás. Tal como suele decirse de los árbitros de fútbol, el buen traductor es aquel que no se hace notar nunca. Pero el traductor es mucho más que un árbitro, aunque se espera de él lo mismo que esperamos de un árbitro: imparcialidad. Es decir: fidelidad al discurso original (oral o escrito) y su duplicación en otra lengua con el menor número de alteraciones. Y la primera enseñanza que arroja el ejercicio de la traducción es que en el campo de la lengua la duplicación es un espejismo. No hay calca posible. Los rieles paralelos, cuando se traduce, se quedan juntos por poco tiempo, la duración de una frase o dos, a veces ni eso. Esta es la sencilla comprobación en la que incurre la mayoría de los autores que aquí presentamos.

Desde un comienzo, quienes nos encargamos de este número de *Acta Poetica* nos planteamos qué aspecto de la traducción queríamos privilegiar. Resolvimos, después de una discusión interminable que duró tres minutos, que debía ser el aspecto artesanal. Por ello, los interesados en teoría de la traducción encontrarán nuestro *dossier* un poco decepcionante, ya que, en rigor, uno solo de los textos aquí reunidos afronta la traducción en clave teórica. Con todo, les aconsejaríamos que, si no tienen algo mejor que hacer, lean también los otros textos, pues a menudo la llamada teoría, sobre todo en el campo humanístico, no pasa de ser un discurso más estructurado de verdades que el quehacer práctico conoce, encara y discute a su manera, no pocas veces con más hondura y lucidez que aquélla. De hecho, pocas actividades más discutidoras que la traducción. El traductor discute todo el tiempo con el texto que traduce, reclamándole significados y gradaciones de significados que el propio autor nunca tuvo necesidad de sopesar, al menos no de manera consciente. Si algo define el trabajo del traductor es, justamente, este calvario de racionalidad sin

tregua que se resuelve en un reclamo continuo, puntilloso y tenaz al texto original. No es verdad, en este sentido, que el autor de un libro haya padecido todas las palabras que escribió; como sabe cualquier escritor, hay palabras, frases, hasta párrafos enteros que se escriben solos, impulsados por un viento afortunado de inspiración, ritmo y oficio. Al pobre traductor este viento le es negado; quien traduce debe pasar por la criba de su conciencia absolutamente todas las palabras, sin saltarse una sola. Es la condena del traductor y el veneno de esa suerte de santidad que rodea su profesión.

Este *dossier* sobre traducción privilegia, pues, la palabra del traductor, y tiene por momentos cierto tono confesional. No hemos ido en busca de verdades sobre la traducción, sino, en todo caso, de actitudes, de maneras de situarse ante la tarea de traducir, incluso de tics, fobias y trucos, seguros de que todos ellos rebasan el nivel de la mera anécdota para apuntar a problemas de índole más compartida, si no es que universal. Nada carece de significado cuando se trata de traducción. Hasta aquellos aspectos francamente chuscos que son progenie abundante de este oficio, y de los que aquí dejamos constancia en un par de artículos, van más allá del chiste, y revelan las dificultades impensadas que el ser humano afronta cada vez que tiene que imaginar qué quiso decir exactamente, con qué palabras, con qué entonación y aliento, otro ser humano. Porque si ponerse en la piel de otro es siempre difícil, ponerse en su lengua roza a menudo lo imposible.

\*\*\*

Y, hablando de imposibles, *Traducir como utopía* se titula precisamente un libro (reseñado en este número de *Acta Poetica*) que Hans Vermeer dedica a la teoría de la traducción de Walter Benjamin. Además de ser uno de los más importantes teóricos de la traducción en nuestros tiempos, Vermeer es tra-

ductor y conocedor de varias lenguas. En el ensayo suyo que aquí publicamos (escrito para nuestra revista, y traducido del alemán por José Molina y Pedro Tapia), y que representa lo que es quizá el primer intento de plantear, desde el punto de vista teórico, una retórica y una estilística de la traducción, el traductor ha tenido cuidado de dejar abiertas algunas ventanas por donde pueda colarse la luz y el ruido de la práctica. De esa manera, desde el ensayo de Vermeer pueden entablarse diálogos con traductores y lectores diversos. Cuando habla, por ejemplo, de ciertos temas que deben analizarse a la luz de la translatoología, tales como la relación que hay, en un acto de interpretación simultánea, entre la velocidad de pronunciación, la capacidad de transformación lingüística y la cantidad de información en diferentes lenguas, nos trae a la memoria algo que Antonio Alatorre cuenta que le sucedió una vez mientras daba una conferencia en Japón, con la ayuda de una intérprete simultánea. Al ver que nadie se reía de su primer chiste supuso, algo desconcertado, que no lo habría entendido la intérprete, y siguió con su charla. Unos minutos después, escuchó reírse al auditorio y cayó en la cuenta de que se reían del chiste que había contado un poco antes.

En su ensayo sobre la traducción que está haciendo de la *Odisea*, Pedro Tapia mantiene también, por momentos, un diálogo con la teoría de Vermeer; unas veces reformulándola, con elegancia clásica, y siempre desde el punto de vista del traductor: “ninguna lectura es idéntica a otra... cosas que antes, después de algunos tanteos, parecían geniales, me resultan torpes, y lo que ayer me gustaba mucho, luego me agrada menos”; otras veces marcando alguna diferencia de actitud con respecto al teórico, como cuando habla de su manera de ver las múltiples repeticiones —de fórmulas, versos e incluso pasajes— que se dan en Homero.

Entre los ensayos que conforman el *dossier* de este número de *Acta Poetica* pueden percibirse otros vasos comunicantes.

Por ejemplo: Vermeer habla de la introducción y adaptación del hexámetro a la poética alemana, y Pedro Tapia nos cuenta cómo intenta verter ese verso al español rítmicamente, procurando que, en lo posible, siga siendo de Homero. Francisco Segovia, por su parte, también se pregunta sobre la posibilidad de encontrar equivalencias entre las formas métricas de lenguas diferentes. Reflexionando sobre la relación entre la forma y el contenido al traducir poesía, se refiere a diferentes esfuerzos realizados por verter a la lengua de un traductor “no ya las palabras de un poema sino su forma”, y nos cuenta cómo ayudó a una traductora del ruso a encontrar la forma en que mejor cupiera, en español, un poema de amor de Pasternak, sin conocer él el ruso pero escuchando el poema leído, y hasta cantado, en su lengua original.

Otro punto de encuentro entre los colaboradores de este número es la preocupación que Pedro Tapia formula así: “¿Quién introdujo esos versos contra el estilo de Homero? ¿Los dejo en la traducción, o te los quito? [...] ¿es una tarea del traductor el hacerla de crítico (del texto)?” José Ramón Pacheco parece proponerle, desde la Academia de Letrán en México (hace más de siglo y medio), que no se complique: que, en efecto, ayude a Homero; y, de paso, sugerirle que se olvide de la servidumbre de la traducción, en la que sólo puede aspirarse a “no copiar las incorrecciones gramaticales”, y opte en cambio por la imitación que, al contrario de aquélla: “no debe tomar de [el modelo] sino lo bueno y alejarse cuidadosamente de las incorrecciones o de las fallas ideológicas; dar a su lector a disfrutar el perfume de la rosa sin punzarle con las espinas”.

Pero aquí nos encontramos ya en los linderos del territorio de la traducción: el camino que hay de la traducción a la glosa se ve esbozado en el ensayo dedicado a la historia de la palabra *glosa*, y en la respuesta que a él hace Pura López Colomé, traductora del poeta Seamus Heaney, a propósito de su traducción del poema titulado “The first gloss”. La relación entre

glosa y traducción se plantea también en la historia, narrada por Bertha Aceves, de las diferentes versiones, hechas a lo largo de los siglos, de seis versos budistas. Por eso, cuando Elke Wehr comienza su ensayo diciendo que “nos pasamos todos la vida traduciendo”, su afirmación nos recuerda a Montaigne, cuando decía que no hacemos más que glosarnos unos a otros.

Hay en este número otro tipo de diálogos que se construyen, por así decirlo, a pesar de los respectivos autores, gracias a una lectura perversa de parte nuestra. Por ejemplo, es difícil resistir la tentación de aplicarle al diccionario alemán-español de Tolhausen (cuyos alcances poéticos ha advertido Gerardo Deniz) las siguientes palabras con que Vermeer se refirió a un tema tan serio como la introducción del hexámetro a la poética alemana: “la búsqueda de equivalencias puede llevar a una elevación poética, cuando se introducen formas heteroculturales (y en ellas, heterolingüísticas) en un texto de llegada, y la rareza de dichas formas (lo inesperado) hace que el texto resulte interesante [...] a la vez, la sintaxis alemana y su selección de palabras se alienaron (también con intención historizante).”

Por último, y como si se tratara de una fatalidad, siempre que se habla de traducción salen a relucir las perlas. Gerardo Deniz, Cristina Azuela y Francisco Hinojosa nos muestran algunas de las que han pescado por ahí, en *Las mil y una noches*, el *Decamerón*, o el manual de uso de un tostador eléctrico. Y, en otro tenor, Susanne Lange nos narra la accidentada historia del encuentro de Don Quijote con la lengua alemana.

Los editores de este número de *Acta Poetica* quisiéramos que el diálogo en torno a la traducción se mantuviera siempre abierto: que siguiéramos traduciéndonos unos a otros, glosándonos, interpretándonos, y descubriendo en el camino todo tipo de perlas para el placer de los paladares exquisitos. Y de las malas lenguas.